6523

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

MAGDALENA

DRAMA LIRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

INSPIRADO EN UNA NOVELA DE PÉREZ GALDÓS

POR

DON FELIPE LAVÍN

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1890

30

MAGDALENA

MAGDALENA

DRAMA LIRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

INSPIRADO EN UNA NOVELA DE PEREZ GALDOS

POR

DON FELIPE LAVÍN

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche de 15 de Noviembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100 PRINCIPAL.

1890

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA	Srta. Alba (L.)
SERAFINA	» Alba (J.)
FERNANDO	Sra. Fabra.
ANDRÉS	Sr. Guerra.
EL DOCTOR	» Alba.

La acción en las montañas de Vizcaya, el año 1820.

Esta obra es propiedad de los señores D. E. S , D. E. P. y D. A. R., y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ACTO ÚNICO

País agreste. A la derecha una casa con puerta practicable y sobre ella un emparrado. Gran cruz de piedra con tres ó cuatro escalones. Á la izquierda una senda que va á parar hasta el último término de la derecha. Es de noche La luna alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, SERAFINA y luégo ANDRÉS

DOCTOR. ¿Y dices?...
SERAF. Que no es Fernando,
para nosotros el mismo
que era antes.
DOCTOR. ¿Y en qué te fundas?
SERAF. Quiero callar los motivos
que me inducen á creerlo;
y me limito á deciros
sólamente que, en tres años
que separados vivimos,
yo en la Córte y él aquí,
se ha entibiado su cariño.
DOCTOR. No lo creas.
SERAF. Y me extraña
doblemente, padre mío,

669486

porque antes me amaba mucho;
y hoy, cuando á él me dirijo,
ó con esquivéz me trata,
ó le encuentro distraído.

DOCTOR. Y se explica bien. Fernando
sabe que se trata hoy mismo
de devolverle la vista,
y esto le ha sobrecogido.

SERAF. ¿Está usted resuelto?

DOCTOR. Sí.

SERAF. Quiera el cielo, padre mío,
darle su apoyo en la empresa
que acomete decidido.
Mas si usted se equivocara...

DOCTOR. No lo espero ni lo admito;
mas no me ofende tu duda,
porque la inspira el cariño.
Fernando verá, y sus ojos,
hasta hoy apagados, frios,
ansiosos de luz y vida
se abrirán con mayor brío.

SERAF. Quiéralo Dios.

DOCTOR. Si, muy pronto...

ANDRES. ¡Calle!... (Saliendo y viéndolos.)

DOCTOR Ya lo he decidido:
verá Fernando esta noche.

ANDRES. ¿Conque esta noche? ¡Magnífico!
Hasta luégo. Hasta la vista...
la vista del ciego, digo.

DOCTOR. ¿Te quedas?

SERAF. Sí; esto está hermoso
y me quedo aquí un ratito.
(Serafina acompaña al Doctor hasta la puerta segunda del foro y vuelve en seguida al lado de Andrés.)

ANDRES. ¡Qué talento tiene ese hombre!

ESCENA II

SERAFINA y ANDRÉS

ANDRES. ¿Pero es verdad lo que ha dicho?

SERAF. Dí: esa chica que á Fernando
le sirve de lazarillo,
¿quién es?

ANDRES. Una desgraciada
que sólo al mundo ha venido
á penar y á hacer que pene
yo. Dicen los facultativos,
que á ella un disgusto podría
matarla, así, de improviso;
y yo, como ella se muera,
también daré un estallido.

SERAF. ¿Por qué?

ANDRES. ¡Toma! Porque estallo
como tres y dos son cinco.

SERAF. ¿Y ella es huérfana?

ANDRES. A lo menos
yo así lo tengo entendido.

SERAF. ¡Pobre! ¡Y verdad que con ella
no ha sido el cielo benigno!

ANDRES. ¿Y por qué? ¿Porque es muy fea?
Pues eso es atróz, inícuo,
teniendo, como ella tiene,
un corazón hermosísimo.
Pero ¿no hay melocotones,
y ya usted los habrá visto,
con la piel sana, muy sana,
y el corazón muy podrido?
¿Y otros, con la piel rugosa,
de mal color, que al abrirlos,
por lo buenos y lo dulces
despiertan el apetito?
Pues bien; Magdalena es de éstos.
¡Ay! ¡Quién la diera un mordisco
sin hacerla mucho daño!

SERAF. ¡Andrés!...

ANDRES. No sé lo que digo.
Pero, además, si no es fea;
si tiene unos piés chiquitos
como piñones, y un talle,
y unos ojos y unos rizos...

SERAF. ¿Le cuentas eso á Fernando?

ANDRES. ¿Por qué? Si opina lo mismo

que yo, porque á Magdalena
tiene entrañable cariño.

SERAF. ¿De veras?

ANDRES. Y es lo que á mí
me hace perder los estribos.

SERAF. ¿Por qué?

ANDRES. Porque... no; por nada.

SERAF. (Comprendo.)

ANDRES. (Ya iba á decírselo.
¡Si seré alcornoque!)

SERAF. (Nada;
la ama mucho el pobrecito.)
¿Y ella... le quiere?

ANDRES. ¡Canastos!
¡Parecen dos tortolitos!

SERAF. ¿Y tú?

ANDRES. Yo parezco un cuervo,
en tanto, por lo sombrío.

SERAF. Vaya, es tarde. Hasta otro rato.

ANDRES. Vaya usted con Dios.

SERAF. Estimo
tus amables confidencias.

ANDRES. Confi... ¿qué? No lo he entendido.

SERAF. Es igual.

ANDRES. Pues pudo entonces
callárselo y no decirlo.

(Serafina se marcha por la casa.)

ESCENA III

ANDRÉS

Es va tarde, y es muy raro,
mucho, que no haya venido
Magdalena... ¿Pero á mí
qué me importa? Ni un comino.
Por qué me he de acordar de ella
cuando sé que á ella maldito
si la interesan mis goces
y la ablandan mis suspiros?

MÚSICA

¡Cuántas veces, no exagero,
al compás del tamboril,
por mi cuerpo sandunguero
se pirraron más de mil!
Mis ojillos al mirarlas
las ponían en razón;
decidíame á abrazarlas...
y sacaba un coscorrón.
Soy agraciado
eso se vé;
algo aturdido,
también lo sé.
Pero de fijo
que á corazón,
nadie en el mundo
me aventajó.

—

¡Qué cosas tiene! me decían.
¡Ay, Andresillo cómo estás!
y las tontuelas se reían
y se acercaban mucho más.
Yo que soy listo, en tales casos
nunca me pude contener,
y adelantando más mis pasos...
ni una conquista pude hacer.
Soy agraciado, etc., etc.

ESCENA IV

DICHO, FERNANDO y el DOCTOR

HABLADO

ANDRES. ¡Hola! ¡El Doctor y Fernando!
¿Si verá ya?

FERN. (Saliendo del brazo del Doctor.)
Lo repito.

Tanto interés agradezco;
pero...

ANDRES. No vé: no me ha visto...

DOCTOR. ¿Has perdido la esperanza?

FERN. Casi, casi; y me resigno,
y espero en estas montañas
pasar mis días tranquilos,
respirando el aire puro
que me acarició de niño.

DOCTOR. ¿Qué dices? ¿Y aquellos planes
de orgullo noble y legítimo?
¿Y aquellos vastos proyectos?...

FERN. Ya démoslos al olvido.
Con la edad y la razón
llegó el desengaño frío,
y todas mis ilusiones
huyeron á un tiempo mismo.

DOCTOR. Mas vivir sin esperanza
es vivir en un suplicio.

FERN. Tengo fe, resignación;
y amo y creo en lo infinito.

MÚSICA

I

FERN. Cuando del mundo huía
aquel que el sér me dió,
la madre de mi alma
al mundo me lanzó.
Mis ojos al abrirse,
buscaban sin cesar
la luz; pero imposible,
estaba ciego ya.
Horrible fué el tormento,
horrible fué el sufrir
de aquella pobre madre
al ver á su hijo así.
Los cielos me otorgaron,
sin duda, suerte tal,
para que yo á mi madre

jamás viera llorar.

ANDRES. Sus penas, aunque tengo
ribetes de animal,
están, por vida mía,
haciéndome llorar.

II

FERN. Como las horas corren,
corrieron para mí
los días y los años
sin tregua á mi sufrir.
Entonces os hallamos,
y vimos con amor,
en Serafina un ángel
y un padre amante en vos.
Tuvísteis que ausentaros,
y yo dejé también
la Corte con mi madre
y aquí me avecindé.
La suerte al poco tiempo
me hirió con impiedad,
dejándome sin madre,
dos veces ciego ya.

—

¡Madre del alma mía,
tú desde el cielo,
por tu Fernando mira,
sé mi consuelo!
¡No me abandones, madre,
tenme piedad,
y cariñosa mira
mi soledad!

HABLADO

DOCTOR. ¡Hola! ¡Andrés!
ANDRES. Señor doctor...
DOCTOR. ¿Puedes venirte conmigo?
ANDRES. Como poder, sí podría;
pero...

FERN. Doctor: le suplico
á usted que deje un momento
que me acompañe á mi amigo
Andrés.

DOCTOR. Sí; con mucho gusto.

ANDRES. Le hace falta un lazarillo,
y mientras viene la otra...

DOCTOR. Bien; pero te necesito
luégo.

ANDRES. Corriente; hasta luégo.
(Va á darle vista, está visto.)
(Vase el Doctor por la casa.)

ESCENA V

ANDRES y FERNANDO

ANDRES. ¿De manera que hoy va á ser?

FERN. Claro, don Luis lo indicó;
sí, Andrés.

ANDRES. ¡Verás como yo!...
Aunque *pa* lo que hay que ver...
Pero ¡qué Doctor!

FERN. Descuella
en Madrid como oculista.

ANDRES. ¡Mira que darte la vista
y no quedarse él sin ella!...

FERN. Sí; es un milagro.

ANDRES. A eso voy.

FERN. Tu inocencia es asombrosa.

ANDRES. Pues yo, si doy una cosa,
me quedo sin lo que doy.
Pero *ná*; en cuanto llegó
don Luis y con él te hallé,
vamos, la verdad, no sé
lo que en mi pecho pasó;
pero le seguí la pista,
y aunque no peco de listo,
me sospeché lo que he visto:
que quiere darte la vista.
Y al fin verás, vive Dios,

más que el alguacil Perojo,
que él sólo ve por un ojo,
y tú verás por los dos.

FERN. ¿Y veré el campo y la luz?

ANDRES. Todo aquello que te cuadre.

FERN. Entonces, veré á mi madre
al contemplar esa cruz,
donde, amante y cariñosa,
me tuvo á sus piés dormido
como, según tengo oido,
pintan á la Dolorosa.
Besaré el sitio donde ella
para orar se arrodillaba,
las flores que ella tocaba,
donde imprimía su huella ..
¡Qué hermosa era!

ANDRES. ¡Me asombras!
¿Cómo sabes...?

FERN. No seas niño.
A los ojos del cariño
se desvanecen las sombras.

ANDRES. Es verdad, se me escapó
porque soy lo más camueso...
mas no creas que por eso
no quiero á mi madre yo.
Tú sabes lo que me pasa
y que no sirven engaños.
Como que hace ya tres años
que vives en nuestra casa
y al cabo de todo estás;
que, sin que sea alabarme,
á sabio podrán ganarme,
á buen corazón, jamás.

FERN. ¡Ah, buen Andrés!

ANDRES. Pues señor,
vamos á hablar de otra cosa.
Si pudieras ver qué hermosa
es la hija del Doctor...
¡Qué cara! Su cara, es llano
que envidia causa á las flores,
porque tiene unos colores,
una cintura, una mano...

Y á propósito, ¿es verdad
lo que oí?

FERN. ¿Qué?

ANDRES. (Estoy en brasas.)
¿Es cierto que tú te casas
con ella?

FERN. Yo...

ANDRES. En realidad,
siendo la chica tan buena
y ricos ambos á dos...

FERN. Pero ¿y Magdalena?

ANDRES. (¡Adiós!
¡Ya pareció Magdalena!)

FERN. ¿No la has visto? ¿Por qué aquí
como otras tardes no está?
¿Acaso está enferma?

ANDRES. ¡Cá!

FERN. Pues ¿por qué no viene?

ANDRES. Sí...
si ahora vendrá.

FERN. ¡Cuál va á ser
su gozo al saber que hoy,
esta noche, á verla voy!

ANDRES. Pues yo se lo haré saber.

FERN. No tal.

ANDRES. ¿Que no? ¡Buena es es...
¿Y por qué? No te comprendo...

FERN. Porque sólo yo pretendo
darla tan grata sorpresa;
y tengo vivos antojos
de ver, Andrés, cómo miran
y cómo asombrados giran,
al fijarse en mí sus ojos.

ANDRES. Entonces moderaré
mi impaciencia.

FERN. Pero tarda,
y con anhelo la aguarda
mi corazón.

ANDRES. Sí; ya sé...

FERN. Si tú fueras tan amable
que corrieras en su busca...

ANDRES. (¡Hombre!... ¡Qué idea más chusca!

¡Esto ya es inaguantable!)

FERN. Anda; vé, que sin sosiego
me tiene su ausencia larga
y que la pena me embarga

ANDRES. (¡Que cosas tiene este ciego!)

FERN. Díla que venga.

ANDRES. ¡Eso es!

FERN. Díla que ansioso la aguardo.
¿Tardarás?

ANDRES. ¡Vaya si tardo!
Como que no voy.

FERN. ¡Andrés!...

ANDRES. (Quiere que sea testigo
de su amor, mientras que yo
por ella...

FERN. ¿No vas?

ANDRES. Que no.

FERN. Está bien.
(Pequeña pausa, después de la cual Andrés se acerca á Fernando y le dice:)

ANDRES. ¿Y qué la digo?

FERN. ¡Ah! Que haciéndome sufrir
está su tardanza.

ANDRES. Voy.
(No; pues yo la declaro hoy
que la quiero, y á vivir.)

FERN. Corre.

ANDRES. (Deteniéndose.) Excusado es el trote,
porque aquí se acerca ya

FERN. ¿Quién? ¿Magdalena?

ANDRES. Sí.

FERN. ¡Ah!

ANDRES. (Está visto: ¡soy un zote!
Pero cuando frente á frente
la vuelva á tener...

FERN. ¿Qué?

ANDRES. Nada;
que voy á buscar la herrada
para llenarla en la fuente. (Vase por la casa.)

ESCENA VI

FERNANDO y MAGDALENA

MÚSICA

MAGD. ¡Fernando! (Saliendo.)
FERN. ¡Magdalena!
Ven junto á mí.
Más cerca.
MAGD. Aquí me tienes.
FERN. Más cerca, así.
Tu ausencia me causaba
fiero dolor.
MAGD. Ya ves cómo á tu lado
por fin estoy.

—

FERN. Desde que de mi lado
te ausentas, alma mía,
la noche es más obscura,
más triste para mí.
Que no tengo en la tierra
más bien, más alegría,
más dicha y más ventura
que hallarme junto á tí.
Tus pasos seguir,
tu aliento aspirar,
tus frases oir,
tus manos tocar.
Es todo mi afán,
es todo mi amor;
piedad ten de mi,
¡ay, ten compasión!
MAGD. No bien el día nace,
ya nada me detiene
y busco al pobre ciego
que es toda mi ilusión.
Sin tí, Fernando mío,
bien sabes que no tiene
ni calma ni sosiego
mi pobre corazón.

Tus manos asir, etc.

LOS DOS. El cielo sea
firme testigo
de nuestra eterna
felicidad.
Siempre á tu lado,
siempre contigo,
será más corta
mi soledad.

HABLADO

FERN. Debe ser tarde.
MAGD. Es temprano.
FERN. ¿Es de día todavía?
MAGD. No, Fernando, no es de día;
pero...
FERN. ¿Qué?
MAGD. Toma mi mano.
(Le coge de la mano y ambos se sientan al pié de la cruz, en la cual da la luna.)
FERN. ¿Á dónde me llevas?
MAGD. Ven
conmigo. Siéntate aquí. (Pausa.)
¡Qué bien estoy junto á tí!
FERN. Y yo junto á tí, ¡qué bien! (Pequeña pausa.)
¿Es densa la obscuridad?
MAGD. ¡Qué ha de ser densa! Es muy leve.
Hay luna.
FERN. La luna debe
de ser muy triste, ¿verdad?
MAGD. No; aunque da melancolía
su constante palidéz,
es muy bella, y á la vez
tambien infunde alegría
y presta dulce consuelo
con su claridad incierta.
Parece una niña muerta
que va caminando al cielo.
FERN. Tengo por muy extremosa,
Magdalena, la pintura.

MAGD. No; que es grande su hermosura.
FERN. ¿De veras es tan hermosa?
MAGD. Tanto, que el río, y la fuente
y el mar, al verla tan bella,
de envidia que tienen de ella.
la copian exactamente.
FERN. No es que la copian.
MAGD. Sí, sí.
FERN. Se ve en ellas, alma mía,
igual que yo me vería,
si no fuera ciego, en tí.
MAGD. Puede que tengas razón.
FERN. Sí, Magdalena, la tengo.
MAGD. No sé cómo al cabo vengo
siempre á aceptar tu opinión.
¡Ay! ¡Si vieras!
FERN. Es verdad,
ángel mío; si yo viera...
MAGD. ¡Si distinguieses siquiera
la luz de la obscuridad...!
FERN. La distingo.
MAGD. Y ¿cómo?
FERN. Hoy,
de esta forma, vida mía:
si estoy contigo, es de día,
y de noche si no estoy.
MAGD. ¡Y yo que también me abismo
en semejantes antojos!
FERN. ¿También?
MAGD. Á mí, que tengo ojos
¡y me parece lo mismo!
FERN. ¿Sí?
MAGD. Yo no sé en qué consiste;
pero ¡ay! para el alma mía,
al irte tú, se va el día
y llega la noche triste.
FERN. No te agites de ese modo.
MAGD. No; si no estoy agitada. (Pequeña pausa.)
FERN. ¿Qué pasa en derredor?
MAGD. Nada.
Todo es calma; duerme todo.
FERN. ¿Todo?

MAGD. Solamente velan
las mariposas hermosas.
FERN. Díme: ¿qué son mariposas?
MAGD. Son... unas flores que vuelan.
Esquivándose, batallan
en mil encontrados giros,
como amorosos suspiros
que se buscan y no se hallan.
FERN. Las flores serán muy bellas.
MAGD. Mucho, sí.
FERN. Á ver si precisas
lo que son.
MAGD. Pues son... sonrisas
de la tierra.
FERN. ¿Y las estrellas?
MAGD. Aunque decírtelo anhelo,
á tal altura se mecen...
FERN. Bien; á tí, ¿qué te parecen?
Habla.
MAGD. Sonrisas del cielo.
FERN. ¿También sonrisas? Pues, dí,
¿son iguales?
MAGD. No; difieren,
que las del cielo no mueren
y las de la tierra, sí.
FERN. ¡Ah! Y tú serás muy hermosa.
MAGD. ¿Yo...?
FERN. El más lindo de los seres.
MAGD. ¿Yo... yo...?
FERN. Magdalena: ¿qué eres?
¿Flor, estrella ó mariposa?
MAGD. (¡Qué angustia, cielo divino!)
FERN. Tendrás algo de las tres.
MAGD. ¿Qué sabes si no me ves?
FERN. Y ¿qué importa? Te adivino.
De las mariposas bellas
tendrás los lindos colores,
el perfume de las flores
y el fulgor de las estrellas.
¿Acerté?
MAGD. De ningún modo.
FERN. Más se ensalza quien se humilla.

MAGD. Pero...
FERN. Modesta y sencilla
para ser bella del todo.
MAGD. ¡Fernando...!
FERN. Si yo te veo
en mi mente enamorada,
como la virgen soñada,
como ilusión del deseo.
Veo tu cutis de nieve
bajo tus cabellos de oro...
¿Qué es esto? ¿Lloras?
MAGD. No lloro.
FERN. Sentí en la mano...
MAGD. Es que llueve.
FERN. Serán pueriles antojos;
mas confunden mis recelos
las lágrimas de los cielos
con lágrimas de tus ojos.
Mas, sí; lloras.
MAGD. No oigas, no,
lo que dicen en la aldea.
FERN. Pues ¿qué dicen?
MAGD. Que soy fea.
FERN. ¡Serán más ciegos que yo!
MAGD. No lo son.
FERN. Entonces, mienten.
Mas no; son ciegos, mi bien.
Tienen ojos, y no ven;
y corazón, y no sienten.
MAGD. Me ultrajan.
FERN. No puede ser.
MAGD. Me sigue su burla impía
hasta aquí.
FERN. ¡Qué cobardía!
¡Burlarse de una mujer!
MAGD. ¡Ay!
FERN. Los que á tí, hermosa perla,
te burlan y reconvienen,
no tendrán madre.
MAGD. La tienen.
FERN. Pues no merecen tenerla.
¡Ay! ¡Cómo te vengaría

si yo alcanzara la suerte
de verte!

MAGD. (¡Gran Dios!)

FERN. De verte
un instante, vida mía.
Deje un punto de ser ciego
el que en tus aras se inmola;
que te vea una vez sola,
y que vuelva á cegar luégo
y no torne á ver jamás
del mundo la esplendidéz.
El que vió el sol una vez,
¿para qué quiere ver más?

ESCENA VII

DICHOS, el DOCTOR y ANDRÉS, con una herrada.

DOCTOR. Fernando...

FERN. ¿Quién?

DOCTOR. Hora es ya
de cumplir lo que anuncié.
Dentro de poco...

FERN. Ya sé...
Silencio.

MAGD. (¡Ay, triste! ¡Se va!)

ANDRES. (Yendo á colocar la herrada en la fuente.)
(Ya está todo preparado
y yo temblando de miedo.
No; como pueda, me quedo
aquí... justamente; al lado
de...

DOCTOR. Ven. (Á Fernando.)

FERN. Sí; que sin sosiego.
mi pecho lo está anhelando...
(Va á marcharse sin despedirse de Magdalena y ésta le coge de la mano.)

MAGD. ¡Hasta mañana, Fernando!

FERN. ¡No, Magdalena, basta luégo!
(Esto último lo dice muy marcado y bajo. El Doctor lo da el brazo y ambos entran en la casa. Magdalena, fija en el mirmo sitio, los sigue con la

vista vuelta de espaldas á Andrés que está en fuente.)

ESCENA VIII

MAGDALENA y ANDRÉS.

MAGD. (¿Dónde y á qué tendrá que ir
Fernando con el Doctor?)
ANDRES. (Está sola. Pues señor,
no tengo más que pedir.)
MAGD. (¡Y qué manera tan rara
de marcharse!)
ANDRES. Magdalena...
MAGD. (Siento una angustia, una pena ..)
ANDRES. (¡Quiá! Ni me mira la cara.
¿Á que pierdo esta ocasión?)
Yo quisiera... (¡Que si quieres!
Está visto: las mujeres
son sordas de condición.
¿Si estará pensando en mí?
¡Quién sabe! Á ver si con tino...)
(Pasa por delante de Magdalena cantando y haciéndose el distraido.)
«Á tu puerta planté un pino...»
MAGD. Andrés...
ANDRES. Me lo figuré.
MAGD. Tengo que hablarte.
ANDRES. Corriente.
También quiero hablarte yo,
MAGD. ¿Sabes quizás...?
ANDRES. ¡No que no!
Si soy yo precisamente...
MAGD. ¿Dices que tú...?
ANDRES. Ya se ve.
MAGD. Cuéntame punto por punto...
ANDRES. Pues señor, es el asunto...
que yo, soy yo.
MAGD. Ya lo sé.
ANDRES. Muchas gracias.
MAGD. Dí al instante
qué sabes.

ANDRES. Pregunta ociosa.
Pues mira, no sé gran cosa;
pero para mí, bastante.
MAGD. ¿De qué? Acaba, por favor.
ANDRES. Pues de eso que estoy hablando;
de... ya sabes...
MAGD. ¿De Fernando?
ANDRES ¡Qué Fernando!
MAGD. ¿Del Doctor?
ANDRES. ¡Qué doctor! ¿Hay tal porfía?
Digo que tú... y que yo... ¡pues!
somos dos, y luégo...
MAGD. Andrés,
no entiendo esa algarabía.
ANDRES. Pues yo mejor no sé hacerlo;
y aunque me explico á lo tonto,
ya me entenderías pronto
si quisieras entenderlo.
MAGD. Dime de qué se trataba
con tal misterio; contesta
por caridad.
ANDRES. ¡Buena es esta!
¡Y yo que me figuraba!...
MAGD. ¿Qué le decía el Doctor
á Fernando hace un momento?
ANDRES. Nada; que... (Soy un jumento
de los de marca mayor.)
MAGD. Todo lo quiero saber.
No calles. Tú eres mi amigo,
¿no es verdad?
ANDRES. (¿Y qué la digo
á esta bendita mujer?)
MAGD. Si no calmas este afán,
Andrés, mi amistad te niego.
ANDRES. (Y si se lo digo, el ciego
me va á llamar charlatán.)
MADG. ¿Por qué tu labio enmudece?
¿Por qué te callas, Andrés?
¿No ves mi pena; no ves
que con tu silencio crece?
Habla, que estoy esperando.
¿Qué tiene el Doctor? ¿Qué pasa?

¿Por qué han entrado en tu casa
con Serafina y Fernando?
¿Me espera un nuevo pesar?
No temas ser indiscreto.
Yo te guardaré el secreto.

ANDRES. ¿Pero qué te he de contar?

MAGD. Andrés; ¿para qué fingir
si al cabo lo he de saber?

ANDRES. ¡Qué empeño!

MAGD. Si soy mujer.

ANDRES. Curiosa, querrás decir.
Voy á sacarte de pena
aunque peque de hablador.

VOZ. (Dentro.) ¡Andrés...!

ANDRES. Me llama el Doctor...
Dispénsame, Magdalena.

MAGD. Un momento.

ANDRES. No es posible;
tengo que subir la herrada.

MAGD. ¿Para qué?

ANDRES. Pues... para nada.

MAGD. Andrés, ¡estás insufrible!

ANDRES. Si es que el agua...

MAGD. ¿Acabarás
de decirme?...

VOZ. (Dentro.) ¡Andrés...!

ANDRES. Estoy.
haciendo falta.—¡Allá voy!

MAGD. Pero...

ANDRES. Pronto lo sabrás.

MAGD. Habla.

ANDRES. ¡Voy! (Contestando.) Ten confianza,
porque... en fin. ¿Qué se ha de hacer?
Lo último que hay que perder...
—¡Allá voy!—Es la esperanza.
Entre tanto fía en mí,
Magdalena, y ten paciencia,
que por él vela la ciencia
y yo por él y por tí.

(Coge la herrada de la fuente y se va por la casa

ESCENA IX

MAGDALENA

Andrés... No me oye y se aleja;
se burla de mi ansiedad,
y en la triste soledad
de mis recelos me deja.
(Se oye á lo lejos el canto de los trabajadores.)
Ya vuelven á sus hogares
los pobres trabajadores.
Con mis acerbos dolores,
¡qué mal suenan sus cantares!

MÚSICA

CORO. (Dentro.) La noche ya ha cerrado,
cesó el trabajo ya;
volvamos, compañeros,
alegres al hogar.

MAGD. Su alegre canto
me causa pena.
De amargo llanto
mi pecho llena.
El que en su seno
siente el pesar,
el bien ageno
suele envidiar.
Huérfana y triste
vivo en el mundo;
sólo en un ciego
mi dicha fundo.
El es la causa
de mi dolor.
Ciega es mi dicha,
ciego mi amor.
¡Sus cantos de alegría
mi pena aumentan más!
¡Dichosos los que alegres
regresan á su hogar!

ESCENA X

MAGDALENA y SERAFINA

HABLADO

SERAF. ¡Pobre Fernando! No puedo
presenciar sin emoción...
¡Ay! Me late el corazón
de tal modo... y tengo un miedo ..
MAGD. ¡Serafina! (Al verla.)
SERAF. ¡Magdalena!
(Cuando sepas... ¡desdichada!)
MAGD. (¿Qué será? No me ha hecho nada
y su vista me da pena.)
SERAF. ¿Qué hacías tan sola aquí?
MAGD. ¿Por ventura lo sé yo?
SERAF. ¡Cómo! ¿No lo sabes?
MAGD. No.
SERAF. Yo te lo diré.
MAGD. ¿Usted?
SERAF. Sí.
¿Esperabas á Fernando?
MAGD. Soy á su amistad tan fiel,
que cuando no estoy con él
siempre le estoy esperando.
SERAF. (¡Pobre!) Pero alguien tu idea
vería palpable y clara.
Querrás que sea tu cara
la primer cara que vea.
MAGD. ¿Qué dice usted? ¿Que verá?
SERAF. Sí; va á ver.
MAGD. ¿Cómo, si es ciego?
SERAF. Con la ayuda de Dios, luégo,
muy luégo, no lo será.
MAGD. ¡Oh! ¡No es cierto!
SERAF. ¿Así te daña
la nueva? Ven acá y mira.
MAGD. Dígame usted que es mentira;
dígame usted que me engaña.
SERAF. Qué, ¿no te alegra el saber?...

MAGD. Ya usted lo presumiría...
aunque no; usted no sabía
el mal que me iba usté á hacer.
SERAF. ¿Qué? ¿Te hace mal, Magdalena,
quien te da nueva tan grata?
MAGD. Sí, me mata.
SERAF. ¿Que te mata?
MAGD. Sí, de alegría... ó de pena,
no sé...
SERAF. Pero ¿de esa suerte
le amas?
MAGD. ¿Yo?
SERAF. ¿Con tal sosiego
que le dejarías ciego
porque no pudiera verte?
¡Bravo amor el que á sí mismo
alzarse altares procura!
Eso, pobre criautura,
no es amor, es egoísmo.
Hay que amar de otra manera.
MAGD. ¿Sí?
SERAF. Con ciega idolatria.
MAGD. ¿Cómo? ¡Si por él no habría
sacrificio que no hiciera!
¡Si mi amor constante y fiel
hasta tal extremo llega,
que me quedaría ciega
sólo porque viera él!
SERAF. ¿Ciega?
MAGD. ¿Qué me importaría,
ni por qué me diera enojos,
llevar la noche en los ojos
teniendo en el alma el día?
SERAF. ¡Compadezco tu sufrir!
MAGD. ¡Compasión! ¡Cómo ha de ser!
¿Qué más puedo apetecer,
ni que más puedo pedir?
La violeta escondida
en el borde del camino,
allí cumple su destino,
allí consume su vida.
Quizás se muestra un momento

por ver á las demás flores,
y da á la luz sus colores,
y da su perfume al viento;
pero no puede esperar
que el cansado caminante,
se fije en ella un instante
y la recoja al pasar.
Tendrá por dicha y por suerte
vivir sola y olvidada,
para caer deshojada
por los dedos de la muerte.
Pues conoce su destino
y el fin de su amarga vida,
sola, triste y escondida
en el borde del camino.
Que sin hacer de ella caso
y sin mirarla siquiera,
un viajero, uno cualquiera,
la aplaste bajo su paso.
Así soy yo; ya lo sé,
y he de estar agradecida,
cuando el que pasó y me olvida
no me puso encima el pié.

SERAF. ¡Por Dios... enjuga tu llanto!
(Me conmueve su aflicción.)
No es esa tu situación,
ni has de rebajarte tanto.
Cese tu pena angustiosa.

MAGD. ¿Cómo ha de cesar mi pena?

SERAF. Tú eres muy buena, muy buena
y mereces ser dichosa;
y Fernando será fiel
á lo que te prometió,
y nunca olvidará, no,
lo que tú has hecho por él.

MAGD. ¿Es posible?

SERAF. No lo dudes.

MAGD. ¡Si dicen que soy tan fea!

SERAF. No ha de decirlo el que vea
tu alma hermosa y tus virtudes.

MAGD. ¡Ah!... ¿Yo?... ¿De modo que usté...?
Vamos; que usté se figura

que Fernando... ¡qué locura!
No es posible, no.

SERAF. ¿Por qué?

ESCENA XI

DICHAS, FERNANDO, con una venda en los ojos; luégo el DOCTOR y ANDRÉS

FERN. (Dentro.) Magdalena...

SERAF. ¡Él!

MAGD. ¡Ay de mí!
Me voy, me voy.
(Se quiere alejar y Serafina la detiene.)

SERAF. ¿Dónde vas?

FERN. Magdalena... ¿qué? ¿No estás?

SERAF. Contéstale.

MAGD. Estoy aquí.

FERN. Ven; junto á mí he de tenerte.
(La coge de la mano.)
¡Qué instante más venturoso!
Tú no sabes... ¡soy dichoso!
Magdalena... ¡voy á verte!

SERAF. (¡Pobrecilla!)

MAGD. (Aterrada.) ¿Á verme?

FERN. Sí;
no es ilusión esta vez.
Dice el Doctor que á las diez
vendrá el día para mí.

MAGD. ¡Fernando!

FERN. Á mi vida amarga
sucede otra de alegría.
¡Qué hermoso ha de ser el día
tras una noche tan larga!
¡Cuál se alegra el corazón!

MAGD. (¡Y el mío cómo se apena!)

FERN. Mas ¿qué es esto, Magdalena?
¡Tú tiemblas!

MAGD. Sí, de emoción.

FERN. ¡Y que lloras juraría!
¿Lloras mi dicha?

MAGD. Fernando,
es verdad, estoy llorando;
pero lloro de alegría.
FERN. No derrames ya más perlas...
MAGD. ¡Cómo!
FERN. Hasta que, al derramarlas,
puedan mis ojos mirarlas
y mis labios recogerlas.
¿No son las diez ya?
MAGD. Aún no son.
FERN. ¡Que suenen pronto, que suenen!
Dios mío, ¿por qué no tienen
los relojes corazón?
¡Ah! Si alguno le tuviera
y mi ansiedad contemplara,
su carrera acelerara
porque yo no padeciera.
(Se oyen las diez en un reloj de torre. Poco antes se habrán presentado en escena el Doctor y Andrés. A la primera campanada, Magdalena huye espantada y se refugia detrás de la cruz. Fernando se quita la venda, y después de recorrer la vista por la escena, se fija en Serafina que está á su lado y la coge de la mano.)
¡Las diez!
MAGD. ¡Ay!
FERN. ¡Veo! Sí, ¡veo!
¡Tú, tú, Magdalena mía!
¿Eres sueño todavía?
¿Aún te finge mi deseo?
No turbes, ángel amado,
mi celestial paroxismo.
Eres lo mismo, lo mismo
que yo te había soñado.
Ven, mi Magdalena bella.
(La coge de la mano y la acerca á la cruz, donde dará la luna.)
SERAF. No soy Magdalena yo.
FERN. ¡Cómo! ¿Que no eres tú?
DOCTOR. No.
FERN. Entonces, ¿quién es?
DOCTOR. Aquélla.

(Señalando á Magdalena. Fernando, al verla, se cubre la cara con las manos. Magdalena, abalanzándose á Fernando, cae sobre las gradas de la cruz.)

FERN. ¡Jesús!
MAGD. ¡Yo muero!
DOCTOR. (Á Fernando) Más calma.
SERAF. ¡Pobre!
MAGD. ¡Qué horrible sufrir!
FERN. ¡Ella! ¡Oh. Dios! ¡Siento cundir
las tinieblas por mi alma!
MAGD. (Apenas sin poder hablar.)
Yo soy. Mitiga tu pena,
Fernando.
ANDRES. ¡Ah! Venid, Doctor.
venid; venid por favor,
que se muere Magdalena.
TODOS. ¡Magdalena!
FERN. ¿Qué escuché?
¿Es cierta tal desventura?
DOCTOR. Sí, sí.
ANDRES. ¡Pobre criatura!
FERN. ¡Y fuí yo quien la maté!
Doctor: salvadla por Dios.
TODOS. ¡Salvadla!
MAGD. Todo... es en vano;
Fernando... dame tu mano.
Venid junto á mí los dos.
FERN. No, no; tú no morirás;
Dios tendrá de mí clemencia
Un esfuerzo de la ciencia,
Doctor, un esfuerzo más.
Con la luz perdí el sosiego
y ciego soy todavía.
Magdalena, esposa mía,
ten piedad del pobre ciego.
MAGD. ¡Tu esposa! ¿No estoy soñando?
FERN. No, Magdalena, es verdad.
¡Vive!
MAGD. ¡Que... felicidad
morir por tu amor, Fernando!
(Llama por señas á Serafina y Fernando. Amb.

se colocan de rodillas, uno á cada lado de Magdalena. Les une las manos. Los demás forman el cuadro alrededor.)

Á mi lado... ven... así.
Bien mío... Muero dichosa.
(Da un beso en la frente á Fernando y en seguida se vuelve hacia Serafina.)
No tengas celos, *hermosa*,
que se despide de mí.

MÚSICA

CORO. (Dentro.) La noche ya ha cerrado,
cesó el trabajo ya;
volvamos, compañeros,
alegres al hogar.
(Cae muerta y mientras baja el telón se vuelve á oir á lo lejos el canto de los trabajadores.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.